



LOS ALREDEDORES DISCURSIVOS DE LA ÚLTIMA POESÍA ESPAÑOLA
[Reseña de *Malos tiempos para la épica. Última poesía española (2001-2012)*, Luis Bagué Quílez y Alberto Santamaría eds., Madrid, Visor, 2013].

JÈSSICA PUJOL DURÁN
UNIVERSITY COLLEGE LONDON

Lejos quedan los inventarios estéticos *à la* Petersen (1930)¹ que quieren conceptualizar bajo ciertos rótulos aquello que comparte y fundamenta una generación literaria, ¿o no? Recordemos cuales eran las características necesarias para que un grupo de intelectuales y artistas pudiera acceder a la categoría de generación: proximidad cronológica entre los años de nacimiento, formación intelectual parecida, convivencia entre los componentes, acontecimientos generacionales (suceso histórico), existencia de un guía generacional, lenguaje generacional y anquilosamiento de la generación anterior. A continuación analicemos lo que nos plantean Luis Bagué Quílez y Alberto Santamaría en *Malos tiempos para la épica*.

Los autores de los ensayos que conforman el libro reflexionan acerca de la situación de la poesía actual en España, pero desde el principio se muestran reacios a generar enunciados cerrados sobre sus poéticas; por el contrario, argumentan que es necesario presentar una aproximación abierta y dialogante. En general opinan que la poesía española contemporánea está experimentando una renovación profunda en cuanto a su forma de escribir la realidad. Los poetas nacidos a partir de la década de los

¹ Julius Petersen fue un crítico alemán que introdujo la idea de categorizar los periodos según el esquema generacional. Pedro Salinas (1941) dio a conocer sus ideas en España.

setenta son poetas preocupados por el lenguaje, y su renovación pasa por querer superar el pensamiento binario y las clasificaciones ortodoxas a través del empleo de la fragmentación y la ironía. De hecho, para conseguirlo, desarrollan un distanciamiento crítico del contenido del poema a favor de esa preocupación lingüística. Según Bagué y Santamaría, esta inquietud marca la separación de la poesía actual de la practicada por la generación anterior, los conocidos “poetas de la experiencia”, puesto que ahora no interesa tanto lo que se vive sino cómo se escribe.

Es fácil advertir la coincidencia cronológica, el lenguaje generacional y un anquilosamiento de la generación anterior en la introducción que proporcionan los editores –tres características de las que señala Petersen. Pero sigamos. Los ensayos reunidos bajo el acertado título “*Malos tiempos para la épica*”, dilucidan opiniones y percepciones de los escritores y ensayistas Juan Carlos Abril, Erika Martínez, Mariano Peyrou, Andrés Navarro, Antonio Lucas, Carlos Pardo, Ana Gorriá, Juan Andrés García Román, Ana Merino, Guillermo López Gallego, Ángel Luis Luján, José Luis Gómez Toré, Josep M. Rodríguez, Rosa Benítez, Javier Moreno y Raul Quinto. Cada uno a su manera, pero siempre con visión de conjunto, expresa que la última poesía española exhibe un carácter polifónico y una subjetividad difusa que esquiva las totalizaciones del sujeto en la realidad poetizada. Asimismo defienden unas influencias literarias compartidas (otra característica de Petersen) y aceptan utilizar un lenguaje de corte idealista, más dado a la abstracción y la auto-reflexión que a la inmediatez o experiencia mundana.

Vamos por partes. La pérdida de la subjetividad o carácter polifónico más bien señala una pérdida o cuestionamiento de la autenticidad del lenguaje poético. Según Erika Martínez, el pronombre ‘yo’ ha quedado diluido y el poeta se siente nómada, desubicado, carece de planes de futuro, es un sujeto incapaz de acomodarse. Esta incomodidad se transmite en el poema, de modo que forma/contenido, como unidad indivisible, sufre la misma dislocación que sufre el sujeto poético, y esta dislocación es la que pone en marcha el recurso de la ironía. Bagué y Santamaría aseguran, sin embargo, que la ironía no se utiliza de forma intelectual sino que se trata de una ironía de segundo grado, más atenta a los ‘alrededores discursivos’ que a su propio contenido cosa que, por otro lado, parece provocar una intelectualidad de segundo grado. Juan

Andrés García Román acierta que el distanciamiento entre el poeta y el poema está relacionado con los problemas representacionales del lenguaje. El lenguaje no puede comunicar sin que antes el enunciante cuestione su propia naturaleza y eficiencia. El hecho de que la materia prima del poema se ponga en entredicho, provoca que la poesía trabaje a nivel metalingüístico, es decir, que sufra “una pérdida absoluta de la inocencia discursiva” (Bagué, 2013: 110). De manera que el empleo de la ironía es lo que desmitifica la épica y rompe la poesía en pequeños fragmentos anti-heroicos.

En cuanto a las influencias literarias, los poetas se definen deudores de los estadounidenses John Ashbery, Sylvia Plath, Anne Sexton, Robert Lowell, incluso de Thomas Pynchon y, presumiblemente, de la generación *beat*. Guillermo López Gallego se encarga de enumerar las innumerables fuentes de las que beben los poetas españoles actuales y se pregunta si encuentran en los Estados Unidos y su cultura popular su nueva mitología. La influencia, por otro lado, es bastante obvia aunque no mencionan al grupo de poetas americanos que más preocupación ha mostrado por el lenguaje, los llamados L=A=N=G=U=A=G=E Poets. Igualmente son comunes los rótulos americanizados *afterpop* y *postpoesía* para referirse al tipo de ritmo, lenguaje y tono que utilizan y que, según Ana Gorría, pueden calificarse de “impuros”, puesto que mezclan referencias a la alta cultura con la cultura pop. Ciertamente este eclecticismo puede sugerir la vía fácil del “todo vale” pero los compiladores aseguran que la pluralidad a la que aspiran no es superficial. La poesía de fusión, como la llama Gallego, tampoco hace imposible el análisis, sino que se plantea como contrapartida a ese concepto de tradición de Petersen. Según señala Mariano Peyrou, a estos poetas les interesa la ambigüedad y la extrañeza en la pluralidad. También Juan Carlos Abril afirma que la última escritura se ha instalado en la duda. Abril explica que la vieja dialéctica entre realismo/simbolismo resulta insatisfactoria para explicar la poesía contemporánea dado que su aparato crítico no puede analizar estas “formas híbridas de conocimiento de perplejidad cuántica” (Bagué, 2013: 38). Lo mismo ocurre con la tradicional bipartición entre realismo/racionalismo y simbolismo/irracionalismo. Abril afirma que las propuestas de esta nueva generación pasan por el rizoma deleuziano, o la destrucción del pensamiento binario.

Abril, sin embargo, volviendo a lo que señalaba al principio, es el único que critica el corte idealista y reaccionario de esta poesía. El alejamiento de las propuestas materialistas desplaza el lenguaje a la abstracción y esto puede conllevar una alienación de los problemas más inmediatos que está viviendo España. Abril denuncia atinadamente que nadie ha explicado el desplazamiento de la materialidad de la poesía de la experiencia en pro de una poesía especialmente abstracta que especula con la banalidad. Su advertencia, sin embargo, se encuentra en segundo plano, en una nota al pie donde explica que la poesía comprometida no ha sabido renovarse y todavía utiliza un lenguaje militante y sin emoción que no le parece interesante. Este autor no especifica a qué se debe el conservadurismo que señala, se limita a señalarlo y, puesto que el libro se plantea como una aproximación a la España actual, esta nota al pie debería consternarnos porque sugiere que la verdadera pregunta, la del desplazamiento del lenguaje hacia la abstracción, no se contesta. Efectivamente, *Malos tiempos para la épica* no reflexiona sobre la poesía de corte político o comprometida que se está escribiendo en los “alrededores discursivos” (Bagué, 2013: 26) que tanto perturban a estos autores, y esto tal vez confunda al lector que busque una reflexión más contextual.

Erika Martínez trata de analizar esta falta de conciencia crítica enfatizando que la poesía del momento no trata de recrear las vanguardias históricas porque ha desaparecido el concepto de progreso al que éstas van ligadas. Para Martínez hay experimentalismo, no vanguardismo –pero parece olvidar que “vanguardia” no significa progreso sino que tiene su origen en la estrategia militar: estar en la vanguardia es colocarse al frente del pelotón, de manera que el arte de vanguardia es aquél que se sitúa en el presente oponiéndose al establishment de su época. Por lo demás, esta autora proporciona uno de los análisis más acertados del libro junto al de Abril. Señala que su poesía no es comprometida, pero ella propone una lectura alternativa: que la poesía se articula como crítica. Por un lado, la poesía crítica no presenta ningún interés revolucionario pero, por otro, Martínez defiende que la suspicacia también es un ejercicio responsable.

A partir de este análisis podemos concluir que la última poesía ha separado la experimentación de la rebelión, incluso de la oposición, y su enfoque es suspicaz pero no comprometido. Los poetas viven instalados en filosofías wittgensteinianas y

derridianas, en una meta-poética que quiere filtrar sus alrededores discursivos para reflexionar sobre el proceso comunicativo. Esta desconfianza y reflexión casi enfermiza son paradójicamente saludables pero se echa de menos, y esto no es tan saludable, una poesía más directa que trate las vicisitudes sociales que está sufriendo España. *Malos tiempos para la épica* es un título apropiado para un libro cuya lectura nos acerca a los nombres de la última poesía española, pero lejos de abandonar inventarios estéticos expone los primeros trazos de una mirada generacional. Tal vez Petersen redactó una fórmula cerrada pero queda comprobado que su aproximación a los movimientos artísticos y a las características que definen una generación todavía son vigentes. Este análisis, por supuesto, no excluye la posibilidad de otras miradas que seguro existen y que podrían sumarse a la fiesta de la pluralidad.